

EL SUR LOCAL Y EL SUR GLOBAL MIS EXPERIENCIAS DE TERRITORIALIDAD (DE CIUDAD BOLÍVAR -BOGOTÁ- A LOS DREAMERS DE ORLANDO -FLORIDA-)¹

Andrés Rojas Arias²

"A mi sobrina Ana María, mi compañera en Orlando."

El caminar por mi barrio me posibilita reflexionar: mido los pasos, respiro aire fresco, saludo a quienes han sido mis amigos desde hace veinte años, a sus padres, a sus hijos, y continuo caminando. Sierra Morena es un barrio pequeño, parece un pueblo, dicen quienes vienen a visitarlo. Distanciado por una larga y empinada carretera del intenso trasegar urbano de Bogotá, mira al otro extremo de forma horizontal, al cerro de Monserrate, y controla visualmente "desde arriba" buena parte de la ciudad.

Mi recorrido es casi siempre el mismo desde que era un niño. Salgo de mi casa, cruzo una avenida y doy cuenta de sus empinadas calles de forma tardía y lenta. Me apresuro cuando estoy de vuelta, tal vez por querer hacer alarde de mi condición física: respiración sostenida y fuerza en las piernas, una marcha, que pese a lo erguida de la montaña que sostiene las cuadras y las casas, no se detiene.

1 N. del E. El presente trabajo fue presentado originalmente por el autor como una crónica, advirtiéndonos de que no seguía la estructura formal que solicitamos para los Ensayos. Luego de un proceso de revisiones y discusiones que involucraron incluso al mencionado autor, decidimos publicar la crónica en cuestión, pues consideramos que la plataforma que representa Revista Espacios & Memorias no debiera privarse de tan interesantes reflexiones, asumiendo también el desafío de constituirnos como un espacio abierto y en constante construcción ante los desafíos y demandas que van surgiendo conforme avanza nuestro proyecto editorial.

2 Sociólogo egresado de la Universidad Nacional de Colombia, Licenciado en Ciencias Sociales egresado de la Universidad Pedagógica Nacional y candidato a Magister del programa en Estudios Políticos Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Colombia. Correo: anarojasar@unal.edu.co

Hace más de veinticinco años un grupo de personas acompañados por la Caja de Vivienda Popular decidieron instalarse en el que era un territorio inhóspito. Un cerro colosal, otrora verde castaño, donde el viento expresaba -expresa- su cansancio, su agotamiento, con intensos aullidos.

No fue ese un motivo para que nuestra comunidad cesara su intención de autoconstrucción. De mutuo y mancomunado apoyo, de intensas labores de exploración y remoción que la agreste topografía exigía para el levantamiento de una carretea y para la instalación de vigas que delimitaran nuestras casas.

El barrio fue creciendo y con él la diversidad de sus gentes, de su pueblo. Siempre migrantes, desplazados para ser más exactos. Hijos de la violencia de cada uno de los rincones del país, que así como hace algunos años en los almuerzos comunitarios, en los basares para recolectar fondos o en los lavaderos de ropa compartidos se reunían en grupo para hacer memoria y desahogar sus penas, en la actualidad, nuevas vecinas y vecinos, relatan en alguna cantina o esquina lo sucedido: sus recientes historias huyendo de una territorialidad que por años forjaron.

de microfútbol y basquetbol. Un error sería expresar, que estos derechos fueron producto del aporte gubernamental de la alcaldía de Andrés Pastrana (1988-1990) como reza en muchas de las placas de sus monumentos. Fue producto de las exigencias de una comunidad, que vendía -vende- su mano de obra barata al capital, ubicado en el centro y en el norte de la ciudad. No hubo entonces aporte distrital, sino una pequeña parte del pago de una deuda que se tiene con la colectividad de Sierra Morena.

Colectividad que para llegar a sus lugares de trabajo tenía que abandonar el sueño a las tres y treinta de la mañana, dejar el desayuno y el almuerzo listo para sus hijos, que solos se levantarían un poco más tarde, y emprender una larga marcha hacia lugares que ya estuvieran "favorecidos" con el servicio de transporte público. El recuerdo de hordas de obreros que en grupo bajaban -y que en la tarde-noche subían- por la larga carretera, lo mantiene vivo los trabajadores contemporáneos, quienes desde muy temprano se movilizan en bicicleta, quienes de nuevo en la noche son vistos pedaleando sobre el cerro, proyectando rostros fatigados y cansados.



(De izquierda a Derecha: Yamile Gómez -Procedente de Piedras Tolima- y Milbia Arias -Procedente de Cartago Valle del Cauca- durante el proceso de autoconstrucción del barrio Sierra Morena, Ciudad Bolívar, Bogotá, 1989) Imagen tomada del archivo fotográfico digital de la familia Rojas Arias.

La intensa organización posibilitó que hacia principios de los años noventa, se construyera un centro de salud, una escuela y un colegio público. Se pavimentó la extensa avenida que nos separa de la ciudad y se edificaron canchas

Desde luego, ya existe servicio de transporte público, pero sus rutas aún no alcanzan abarcar todos los trayectos. La opción es rendirle un culto obligado al cuerpo. Pagar otro pasaje cuando tan solo se gana un salario mínimo, o menos,

significaría visitas menos frecuentes a las tiendas y panaderías del sector. Las condiciones económicas nos obligan a salir poco, a buscar recreación y entretenimiento dentro de los límites barriales, imaginarnos desde el mirador que tiene el barrio ese inmenso horizonte que se divisa.

Muchos de nuestros niños y nosotros mismos, leemos la ciudad desde esta territorialidad, en la que la alejada plaza de Bolívar, el centro que representa la "democracia" de Bogotá, es una imagen que se construye por lo dicho en el colegio durante las clases de democracia, o por alguna referencia radial o televisiva.

Sin embargo, las y los jóvenes, saben bien las formas, estilos y discursos de los miembros de la policía o fuerza pública. Hacia principios de siglo, violando todo principio de protección a los derechos humanos, en medio de la escuela y del colegio se edificó una Estación de Policía, cuyos miembros señalan y estigmatizan las identidades en construcción de las y los estudiantes.

Requisas, cateos, allanamientos al colegio hacen parte de la territorialización que el Estado ha impuesto. Territorialización que esta en franca tensión y lucha frente a la que estos jóvenes intentan asignar, a través de acciones de hecho o simbólicas, que reivindican la construcción histórica de una territorialidad en la que son sujetos de poder. Casas de cultura, educación comunitaria, escuelas populares, bares, discotecas, apuestas artísticas como la elaboración de murales o expresiones musicales manifiestan la apuesta de la comunidad por no dejarse quitar esta territorialidad.

El aparato del Estado y sus dispositivos temen a los procesos organizativos de las gentes de Sierra Morena, se trata de desplazados, personas que según el criterio gubernamental han sido expulsadas de su territorio por "algo". Teme, porque la comunidad, desde sus lugares de origen, pese a la represión y al sometimiento, tiene internalizada una identidad construida en aquella experiencia de territorialidad originaria, con la que han logrado entrelazar sus cuerpos, prácticas y técnicas de resistencia, que han transmitido y reconstruido en este su nuevo territorio, en el que emerge una nueva y alternativa experiencia de territorialidad.

Temeroso de eso, el Estado no solo impone

límites espaciales sino también temporales. Tóques de queda en los que se prohíbe que las y los jóvenes transiten después de la una de la madrugada. Límites al disfrute de la noche, que de manera contradictoria, el Distrito justifica por crímenes cometidos en contra de jóvenes y líderes barriales, que han adelantado procesos de solidaridad y reivindicación socio-territorial. Personas que tan solo le generaban malestar a los dictámenes de exclusión propuestos por dicho Estado.

Camino y pienso en todo aquello. En los avatares de mi infancia que me han hecho tomarle amor al barrio, en esas eternas exploraciones que junto con mis amigos hacíamos hacia otros espacios, que por las inmensas distancias nos parecían otros mundos. En esos agobiantes pero hoy nostálgicos y entrañables ascensos que moldearon la anatomía de mis piernas y el alarde por mi condición física. Hacer ejercicio se convirtió en un estilo de vida, bajar y subir la loma trotando en la posibilidad de encontrarme conmigo, de aferrarme a un lugar, a una territorialidad, desde donde he construido mi identidad.

En los últimos años la vida me ha permitido viajar con cierta frecuencia a los Estados Unidos. Animado por la estadía de mi hermana, he tenido la oportunidad de conocer diversos lugares de la Florida, y sobre todo de Orlando. Como sociólogo, concentrarme en tan solo la impopularidad de los parques y la majestuosidad de las playas invalidaría mi vivencia en otro territorio. Aprovecho entonces las visitas que mi hermana como cosmetóloga realiza a lugares lejanos al marketing y la publicidad, para conocer las experiencias migratorias de tantos mexicanos, hondureños y puertorriqueños que con su trabajo hacen funcionar la ciudad.

Dicha experiencia migratoria bien podría ser encasillada dentro de la categoría de desplazamiento forzado, que aplica para quienes hemos poblado el barrio Sierra Morena. Un desplazamiento en este caso internacional, impuesto por la voraz dinámica económica del Norte, que desangrando la naturaleza, la tierra y la economía del Sur obliga a sus habitantes abandonar una territorialidad construida históricamente.

Orlando es una fuente inagotable de empleo para esta población. La necesidad de atraer de nuevo a los turistas que ya la han visitado, hace

imperiosa la necesidad de reestructurar de manera constante, física y conceptualmente, los extravagantes parques. Son los mismos visitantes de hace treinta o veinte años, los que desean mostrarle, Disney y sus maravillas, a los nuevos integrantes de su linaje familiar. Los nuevos y antiguos visitantes, hacen parte de la misma diminuta porción de la población mundial que ha podido -y puede- invertir en los costosos planes de entretenimiento que en esta ciudad se ofrecen.



(Wendy, Tercera de derecha a izquierda (Arriba) Con su profesora y sus compañeros de escuela. Wedgefiel School. Christmas. Condado de Orange. Orlando. 2017) Imagen tomada del Perfil de Facebook de Diana Rojas

Las y los inmigrantes indocumentados son los que sostienen tal industria. Una paga -no se le puede llamar salario- de ocho dólares la hora, para que además de sobrevivir en una ciudad tan costosa, les posibilite enviar remesas a los hijos, padres y hermanos que permanecen en Latinoamérica, tiene un inmenso costo existencial. Vidas reducidas a pequeños tráileres, que deben compartir con ochos o más personas, alquilados a altos precios. Personas viviendo en un auto, necesario para llegar al trabajo. O familias enteras internadas en los amplios bosques de los que tanto se jacta la ciudad de los lagos. Naturaleza donde luchan o se solidarizan con familias estadounidenses que por el macabro accionar de los bancos inmobiliarios lo han perdido todo.

Los menos osados, prefieren alejarse mucho más del centro, he instalarse en periféricos barrios, lejanos a la vista del turista. No importa que para llegar a su lugar de trabajo, tengan que caminar hasta tres horas de ida y tres horas de

vuelta, expuestos a temperaturas de hasta casi cuarenta grados centígrados y a inevitables malestares en su rostro y sus pies. El transporte público es casi inexistente, sobre todo hacia estas periferias. La imposibilidad económica o el simple temor a una deportación por conducir de manera ilegal les hace evitar un auto propio.

En estos barrios residen con sus hijos, que si bien tiene derecho a una ruta escolar, deben, mientras el padre trabaja, y ya cumplida la jor-

nada escolar, acompañar la madre a afrontar el día. Comprar en WalTMars, ubicados a largas distancias, los alimentos, que según los campesinos mexicanos, hace algunos años, estaban al alcance de la mano en sus pueblos, cuando antes de los tratados de libre comercio, los podían cultivar.

Wendy es una niña de trece años que vive en uno de estos barrios, llamado Yeny, ubicado en el condado de Orange, al Sur, con una intensa tradición republicana, que le provoca a la comunidad latina una mayor precaución por su ilegal condición, ya no solo frente a las autoridades, sino frente a una población blanca que allí particularmente la mira con desconfianza. En mi última visita, hace apenas tres meses, me enteré que a Wendy la becaron, y que probablemente pueda salir de su anonimato, y que junto con ella pueden salir de la clandestinidad su mamá doña Isidra, su hermana María y su papá don José.

Para ella ya no importa que Trump haya reversado la ley con la que Obama le daba esperanza de legalidad a los Dreamers, o hijos de inmigrantes, nacidos en los Estados Unidos, que es su condición. El destacarse en las pruebas deportivas intercolegiales del condado le ha posibilitado representar a la Florida a nivel nacional en las competencias de Atletismo. ¡Y la verdad es que es impresionante verla correr! Zancadas que parecen saltos entre nubes que la hacen flotar. Ninguna técnica proporcionada por las escuelas deportivas que ofrece la escuela, costosas, difíciles de pagar. Solo, una experiencia de vida en la que se ha visto obligada a caminar largas distancias, moldeó su condición de atleta.

Dentro de ese espacio que es Yeny, repleto de esa acumulación desigual de tiempos, donde confluyen tradiciones mexicanas, puerto-riqueñas, hondureñas, salvadoreñas, guatemaltecas y norte americanas, de inmensa solidaridad y amor, todos esperan engendrar de otras formas, el sueño americano que cumplió Wendy, quien apenas habla inglés y que a duras penas balbucea algunas palabras en español.

Sin embargo, en las aromas que emanan de las cocinas, en las canciones que durante las noches se escuchan en los patios tararear y en las nostálgicas risas que les provoca la narración de un recuerdo recuperado de la infancia, exhiben la impronta de ese espacio en el que construyeron una territorialidad que el capital y los procesos de acumulación los obligó a dejar físicamente, pero no abandonarla porque esta presente en sus costumbres y pensamientos.

Cuando en diversos autores leo que la segregación envuelve proceso de explotación directa del trabajo, con salarios bajos y condiciones de existencia precarias, pienso en la calidad de vida de los desplazados por el conflicto que poblaron paulatinamente Sierra Morena, una periferia de Ciudad Bolívar en Bogotá, que pedaleando bicicletas para encarar su cerro, su lugar, han consolidado otras acciones de hecho y simbólicas de territorialización para defender su territorio.

Pienso en el estrecho vínculo que tienen con otros desplazados, los internacionales de barrios periféricos como Yeny a las afueras de Orlando, que pese a vivir en las mismas fauces del merca-

do, que pretende hacernos olvidar todo, desmemorarnos o que hagamos memoria de acuerdo a su conveniencia, mantienen en su cuerpo y en sus técnicas esa territorialidad ancestral en la que nunca pasaron hambre y en la que también cultivaron sus cuerpos, pero en función de la caza, la agricultura y el sano convivir con su naturaleza, y no como una obligatoria necesidad de ejercicio físico, tránsito y movilidad de la que después se aprovechara el propio capital para no solo obtener una medalla, sino para ofrecerla con un producto energético que espero Wendy no tenga que promocionar.